

Monseñor Escrivá de Balaguer recibió la Medalla de Oro de Barbastro

Gómez Padrós:

"AQUI ESTAMOS HOY PORQUE DIOS ASÍ LO HA QUERIDO, REUNIDOS DE NUEVO EN LA EVOCAION MAS CARINOSA QUE PODEMOS OFRECEROS".

Monseñor Escrivá:

"OS ASEGURO QUE EN ESTOS CASI SETENTA AÑOS LAS MUDANZAS DE MI VIDA NO HAN CONSEGUIDO BORRAR DE MI MENTE EL RECUERDO, NI AHOGAR EN MI ALMA EL AFECTO POR MI CIUDAD Y POR TODA SU COMARCA".

Más de un millar de personas estuvieron presentes en el acto



centra espiritual de la mayor importancia".

El pleno de la Corporación, por unanimidad, acuerda:

"Conceder la Medalla de Oro de la Ciudad de Barbastro a su Hijo Predilecto monseñor Escrivá de Balaguer y Albás, presidente del Opus Dei, como reconocimiento a los relevantes méritos de esemplaridad y proyección universal, que concurren en su persona y a su constante atención y preocupación por el perfeccionamiento en todos los órdenes de los habitantes de Barbastro y su comarca".

INTERVENCION DEL SEÑOR ALCALDE

Acto seguido, el alcalde, don Manuel Gómez Padrós, levantándose, impuso la medalla de oro en la persona de Monseñor Escrivá, en medio de los continuos aplausos del público que se hallaba en la sala, fundiéndose ambos en un fraternal abrazo. Después, sentándose ambos, el alcalde dio lectura a las palabras siguientes:

Excmo. Sr.:
"Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso. Ilumina, con la luminosidad de tu fe y de tu amor, y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón".

Quizá, Padre, cuando alumbrasteis tan sublime pensamiento nunca creyerais que un día se os iba a ofrecer a vos, a vuestra persona, a vuestra "obra", a la dedicación completa y absoluta de toda una vida con vuestra presencia física en esta tierra y vuestro pensamiento puesto en el cielo.

Y aquí estamos hoy, porque Dios así lo ha querido, reunidos de nuevo en la evocación más cariñosa que podemos ofreceros.

Por encima del brillo de unos honores, superando la titulación que hoy Barbastro os ofrece, está el testimonio vivo, ferviente y afectivo de una ciudad que vibra de entusiasmo con este "reencuentro" y en el que desea ofrecer os en

cima de todo y de todos, nuestro cálido y rendido homenaje que solamente se da a quien se quiere entrañablemente, a la figura universal del Padre que con tremenda proyección está dejando huella de una vida "útil", con "poso", "enciendiendo todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que lleva en su corazón".

Vuestra ilusión, si así lo quiere la Virgen, pronto va a verse cumplida y, por ello, este año ha de ser para vos y para nosotros, año de múltiples satisfacciones. Yo no puedo dejar de recordar en estos momentos ese santuario de fe y de devoción en el cual habéis puesto toda vuestra ilusión y del que tantos frutos de fe, esperanza y amor todos esperamos, ese santuario de Torreciudad, grande, inmenso, desprovisto de todo adorno, pero cuya circunstancia parece aumentar su magnitud, proporcionada al amor infinito, humano, especialísimo que quienes lo pensaron y lo realizaron sienten por la Virgen.

Hay es día grande para Barbastro. Que esta fecha, este "reencuentro" que en este día 25 de mayo de 1975 ha tenido lugar, obtenga todas las bendiciones del cielo y caigan sobre vuestra persona como un haz encendido de luz para que sigáis teniendo la divina inspiración de ir repartiendo y ofreciendo vuestra inmensa labor de apostolado por los cuatro puntos cardinales y tengáis siempre en vuestras oraciones un recuerdo para este Barbastro cuyos hijos, y os aseguro, también las elevarán al Cielo por vuestra obra y por vuestra persona.

PALABRAS DE MONSEÑOR ESCRIVA

Nuevos aplausos a esta intervención de nuestra primera autoridad local, que dejó paso a las de monseñor Escrivá, que debió interrumpirse durante cuatro ocasiones, visiblemente emocionado y afectado. Estas fueron las palabras, al tér-

mino de las cuales oyó una gran salva de aplausos:

Excmo. señor alcalde; Excmo. Corporación Municipal; queridísimos paisanos; señoras y señores: Me acabáis de entregar la Medalla de Oro de la insigne y muy entrañable ciudad de Barbastro. Permittedme ver en este galardón, mas que la credencial de unos méritos que no tengo, el reiterado y público refrendo de vuestra amistad, que me conmueve en lo más hondo del corazón.

...Perdonad. Yo estoy muy emocionado; pero muy emocionado por doble motivo: primero por vuestro cariño, y además porque a última hora de ayer, recibí un aviso de Roma comunicándome la defunción de uno de los primeros que yo envié para hacer el Opus Dei en Italia. Un alma limpia, una inteligencia procer, doctor en Derecho Civil por la Universidad de Madrid, entonces Universidad Central, doctor en Derecho Canónico por la Universidad Lateranense, abogado rotal. Después, en tiempos de Juan XXIII, nombrado prelado de la Rota. Ha servido a la Iglesia con sus virtudes, con su talento, con su esfuerzo, con su sacrificio, con su alegría, con este espíritu del Opus Dei, que de servicio es. Yo debería estar contento de tener uno más en el Cielo, ya que tan frecuentemente, en una familia tan numerosa, tiene que suceder un hecho de este género. Pero estoy muy cansado, muy abrumado. Me perdonaréis y estaréis contentos de saber que tengo corazón.

Durante los muchos años en que la amabilísima Voluntad de Dios ha querido que mis pasos se encaminaran lejos de mi propia tierra, no me ha faltado la compañía de vuestras cartas, de vuestras visitas, de vuestras variadas manifestaciones de cariño.

La medalla que hoy me otorgáis, corona una dilatada trayectoria de amabilidades, confirma de nuevo la sincera estimación que un día me profesasteis, declarándome Hijo Predilecto de Barbastro. Y será otra llamada que me empujará aún más, si cabe, a continuar mostrando con hechos la gratitud sincera y emocionada hacia nuestra muy noble y muy leal ciudad.

Bien a mi pesar, tuvo que abandonar el ambiente cordial de Barbastro cuando apenas era un muchacho. Pero os aseguro con alegría que, en estos casi sesenta años, no digáis que soy viejo, soy joven, apenas siete, siete años, esos no son nada, las mudanzas de la vida me han conseguido borrar de mi mente el recuerdo, ni ahogar en mi alma el afecto por mi ciudad y por toda su comarca.

En estos largos tiempos de residencia en la Roma Eterna, junto a la Sede de Pedro, o cuando la labor apostólica me llevaba por remotos caminos, la memoria de Barbastro y de sus gentes ha estado, y está, muy dentro de mí. Se agolpan en mi pensamiento tantos nombres, relacionados con la familia que Dios, en su afable providencia, dispuso concederme. Mi oración más ferviente alcanza a cuantos abandonaron ya esta vida; a cuantos ellos, pido al Señor que les haya otorgado el don de la felicidad eterna... Siigo emocionado, lo notáis porque mi oficio es hablar,

y hablar de Dios, y parece que yo se ni mover la lengua. ¡Y cuidado que soy hablador!

Siigo siempre con gran interés las noticias que se refieren al adelanto y desarrollo de esta comarca, convencido de que Dios ha impulsado ese progreso quizá para enseñar a todos como es posible conciliar el amor a la tradición, el avance industrial y el crecimiento de la cultura.

No puedo dejar de declararos que mi noble orgullo de barbastrense se siente hoy singular y profundamente agradecido a todos cuantos estáis haciendo posible, unidos a tantos miles de personas esparcidas por todo el mundo, el maravilloso empeño que clava sus raíces junto a Nuestra Señora de Torreciudad.

Mi corazón sacerdotal se llena también de gratitud a quienes —con sus invocaciones a Santa María, con su sacrificio, con su trabajo, con sus aportaciones económicas— procuran aumentar humildes— procuran aumentar sinceramente la devoción a la Santísima Virgen, sabedores de que los frutos espirituales y educativos de aquel centro mariano serán de carácter universal, pero se notarán especialmente en la antiquísima ciudad episcopal de Barbastro y en todo el Somontano.

De lo más íntimo de mi alma surge, queridísimos paisanos, una emocionada correspondencia hacia mi tierra natal, hacia todos sus hombres y hacia quienes los representan en este acto. Por eso, solamente prefiero terminar dándoos las gracias, muchas gracias. Yo retorneo mi propósito, con la gracia de Dios, de venir despacio a Barbastro, a charlar con cada uno en la intimidad del alma, a hablar de Dios para que veáis como Él os quiere y os quiero y para que me ayudéis a ser bueno y fiel. ¡Gracias!

AUDIENCIA ESPECIAL A LOS MEDIOS INFORMATIVOS

Terminado este acto, monseñor Escrivá, cuando se dirigía hacia el despacho oficial del alcalde, volvió a recibir nuevas y numerosas muestras de afecto por parte de las muchas personas que se hallaban en la sala. En el despacho oficial, fueron recibidos en audiencia especial los medios de información locales y provinciales, así como algunas otras personas. Monseñor Escrivá saludó a todos y con todos hablo. Por ejemplo, tuvo frases de elogio hacia el director del semanario barbastrense "El Cruzado Aragonés", a quien le mostró su satisfacción por la importante labor que viene desarrollando hasta ahora y que se comprende mejor si, como en su caso, vive fuera de la ciudad y de España. Otro compañero de las tareas de información le preguntó si recordaba mucho a Barbastro y cuándo volvería de nuevo, a lo que el Padre respondió que, "estáis siempre en mi corazón y me lo habéis roto sentimentalmente. Os quiero mucho a todos y pienso volver a estar con vosotros, más despacio, como todos queremos". Observamos, también, cómo conversaba con don Ambrosio Echebarría Arroita, obispo de Barbastro e Irujo, con viejos amigos de su niñez.

En el momento de partir hacia el automóvil que le guardaba en la puerta del Ayuntamiento, fue materialmente rodeado por cerca del millar de personas que se encontraban en el lugar, que volvieron a aplaudirle, dando muestras de satisfacción y entusiasmo. Más tarde, el Ayuntamiento ofreció un voto de honor en el comedor del hotel San Ramón, al que asistieron numerosas personas invitadas.

Monseñor Escrivá partió hacia Torreciudad, desde donde tomó rumbo a Madrid con el fin de dirigirse a Roma.

Angel HUGUET
Foto: Servicio Especial